

colección **in**lecturas

Caminar

William Hazlitt

Robert Louis Stevenson

Prólogo de
Juan Marqués

Traducción de
Enrique Maldonado Roldán

Nórdicalibros
2015

Títulos originales:

On going a Journey / Walking tours

© De la traducción: Enrique Maldonado Roldán

© Del prólogo: Juan Marqués

© De esta edición: Nórdica Libros, S.L.

Fuerte de Navidad 11, 1º B - CP: 28044 Madrid

Tlf: (+34) 91 509 25 35 - info@nordicalibros.com

www.nordicalibros.com

Primera edición en Nórdica Libros: junio de 2015

ISBN: 978-84-16440-05-4

Depósito Legal: M-16915-2015

IBIC: FA

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos (Salamanca)

Diseño de colección: Filo Estudio

Maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y

Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Prólogo:
El mundo por delante

*Para Víctor Gómez Frías,
caballero andante.*

A quienes tiendan a considerar que ese objeto llamado «libro» podría funcionar como metonimia perfecta de la vida sedentaria les podría parecer sorprendente, o incluso paradójica o contradictoria, la llamativa cantidad de novedades editoriales que, dedicadas monográficamente al tema del paseo o el caminar, vienen apareciendo desde hace un par de años entre nosotros, y dentro de la cual merece desde ahora destacar este pequeño volumen que ofrecemos hoy. Tal vez una biblioteca privada pueda simbolizar el reposo, la instalación en un lugar donde

permanecer, pero, al menos desde que Alejandro Magno se iba a sus conquistas con los textos de Aristóteles como parte imprescindible de su impedimenta, la lectura nunca ha sido incompatible con la aventura, con el movimiento, con la errancia. Más bien al contrario, lo incomprensible es no llevarse libros a los viajes, y a la saludable y curiosa moda de libros sobre andanzas y caminatas se le podrían encontrar otros motivos, puestos a ello; aunque no hace ninguna falta, pues aquellos para quienes leer y caminar son dos imperativos irrenunciables y constitutivos sabemos que están esencialmente relacionados, hermanados en cuanto son dos modos elementales de intentar rastrear alguna verdad o por lo menos alguna pista, de sumergirse en la realidad para encontrar alguna certeza o merecer algún tipo de explicación.

Al margen del motivo del camino, y de las innumerables veces en que un sendero ha ejercido en la literatura como metáfora

de la vida, prolongando el tópico clásico del *Homo Viator*, el hecho de trasladarse a pie es en sí un buen tema para la reflexión, que inevitablemente, además, vendrá acompañado de digresiones sobre el paisaje, la naturaleza, la salud del cuerpo y el alma. Pero no haría falta llegar tan lejos: el movimiento de las piernas y sus implicaciones, sus causas y consecuencias, e incluso su ideología (como ha demostrado Rebecca Solnit) son ya asuntos suficientemente complejos y apasionantes como para hacer un alto y detenerse en ellos. Sobre la actitud del *flâneur* que vaga o merodea por las ciudades, sobre las manifestaciones y revoluciones a pie o sobre las marchas militares, sobre el pícaro buscavidas que se da garbeos... hay bibliografía específica, y también, más en general, sobre el particular de los paseos, que aunque por supuesto tienen mucho que ver con el asunto que nos ocupa, suponen una versión dulcificada, por excesivamente civilizada, del hecho físico de caminar.

No pretendo llevar las cosas demasiado lejos, pero, si pasear es un entretenimiento distinguido, burgués, ocioso, elegante..., caminar es más bien algo instintivo, natural, salvaje. Pasear es un rito civil, y caminar es un acto animal. Pasear es algo social, y caminar algo más bien selvático, aunque sea por las calles de una ciudad. El que pasea se imagina paseando, o gusta de observarse según la perspectiva de los otros; el que camina es, en ese sentido, extrovertido, solo le importa el afuera. El que pasea coquetea diciendo que sale a buscarse a sí mismo, a conversar machadianamente con uno mismo, a reunirse consigo mismo, a reencontrarse o reconstruirse...; el que camina tampoco sabe nada, pero por lo menos ya ha alcanzado a darse cuenta de que hay poco que escarbar dentro de sí, y rastrea vorazmente el exterior, las calles, los campos, los cielos. El que pasea es un caniche que tiende a la presunción, y tal vez incluso a la egolatría; el que camina es un lobo que querría ser invisible

para poder caminar mejor. El que pasea está satisfecho con su paseo y con su descanso; el que camina siempre está hambriento y seguirá avanzando. El que pasea da vueltas y vuelve a casa a las pocas horas; el que camina no sabe a dónde va y no ha encontrado un hogar definitivo. Pasear, como quería Karl Gottlob Schelle, puede ser un arte; caminar es siempre una necesidad. Pasear, en fin, tiene algo de ceremonia; caminar es algo que está decisivamente relacionado con la independencia y con la libertad. Lamento no saber explicarlo mejor, pero creo que el cómplice lector sabrá entender lo que digo si escribo que uno puede ir dando un paseo a hacer una visita rutinaria a sus abuelos, pero visitar a un amigo que va a ser operado a vida o muerte solo puede hacerse caminando. A eso me refiero. Uno lleva a sus hijos al colegio caminando, cuando amanece, y allí les enseñan a pasear.

«Si estás preparado para abandonar a tu padre y a tu madre, a tu hermano y a tu her-

mana, a tu mujer, a tus hijos y a tus amigos, y a no volver a verlos; si has pagado tus deudas, si has redactado tu testamento y has dejado tus asuntos en orden; si eres, por tanto, un hombre libre, entonces estás listo para empezar a caminar»: así habló Henry David Thoreau en su sublime tratado sobre el hecho de *Caminar*, una impugnación radical y casi cruel de nuestra tozuda cobardía ante la vida, y un texto que nos recuerda de un modo nítido e incontestable hasta qué desesperante punto somos culpables de nuestra propia falta de plenitud. Si ahora hemos tomado el lacónico título de Thoreau a la hora de recuperar los dos pequeños opúsculos de este volumen es porque ambos, aunque de un modo, digamos, menos extremo, más suave e incluso amable, aunque igualmente apasionado, tratan sin duda sobre el acto primario de la automoción a pie, y no de su versión acomodada o, desde luego, de su degradación deportiva.

Quienes corren o quienes pedalean suelen ser más bien gregarios, y se mueven como miembros de rebaños, racimos o pelotones, pero quienes caminan suelen anhelar la soledad, y no solo aquellos misántropos cuyo principal objetivo en este mundo es que les dejen en paz, sino aquellos que son más bien víctimas de una incompreensión general, de una sospecha imprecisa, y no saben o no pueden defenderse. En todo caso, al releer las primeras líneas del texto de Hazlitt tiene uno la sensación de que no es que convenga estar solo a la hora de caminar, como con tanta decisión argumenta, sino que es muy probable que quien se lanza a caminar acabe solo.

Por otra parte, se diría que la soledad que anhela y alaba Hazlitt tiene ante todo que ver con el silencio y, si le hubiera dado tiempo a ello, habría podido considerar incluir, entre las numerosas citas de las que se vale, aquel verso de Carlos Drummond de Andrade que confiesa que «solo soy since-

ro cuando estoy callado». A cambio, y entre autores principalmente ingleses, Hazlitt recurre a Cervantes, y aunque solo utiliza *El Quijote* para hablar de la gula de Sancho Panza, no ha de ser casual que se aluda a las aventuras de don Quijote, ese «andante» por antonomasia que, ante las habilidades adivinatorias del mono de maese Pedro, se acuerda del clásico adagio que sentencia que «el que lee mucho y anda mucho ve mucho y sabe mucho». Leer y caminar unidos, pues, de nuevo, como vehículos inmejorables para la obtención de experiencia y sabiduría.

Por su parte, las páginas de Robert Louis Stevenson son explícitamente una glosa con algo de réplica a las de Hazlitt, a quien tanto admiró, pero sirven como texto independiente en el que el autor escocés ordena con pulcritud sus propios pensamientos al respecto, y los ofrece en uno de esos textos rotundos e impecables que con tanta justicia le hicieron universalmente célebre.

Y ahora que los reunimos y publicamos juntos, he aquí en fin, inquieto lector, dos opúsculos literarios medicinales para nuestros empantanados tiempos, dos minúsculas obras maestras que simplemente celebran nuestra gloriosa y desaprovechada capacidad de mover las piernas hacia donde decidimos o hacia donde el azar disponga. Detesto la solemnidad y a los solemnes, pero creo que, si algo es realmente importante en este mundo, eso es conseguir que nuestras cosas tengan un sentido, en las dos acepciones de la palabra; es decir, una razón de ser, pero también una dirección. Un sustento y un horizonte. Una finalidad y una orientación. Un camino que, durante estos dos breves tramos, podemos hacer juntos.

JUAN MARQUÉS
Madrid, mayo de 2015

DE LAS EXCURSIONES A PIE

WILLIAM HAZLITT

Una de las experiencias más placenteras de la vida es una excursión a pie. Eso sí, yo prefiero hacerlas a solas. Puedo disfrutar de la compañía en un salón, pero al aire libre la naturaleza es compañía suficiente para mí. Nunca me hallo en esos momentos menos solo que cuando me encuentro a solas.

Los campos, su materia de estudio; la naturaleza era su libro.¹

No puedo ver el encanto de pasear y charlar al mismo tiempo. Cuando estoy

¹ «*The fields his study, Nature was his book.*» Uno de los versos más conocidos del poema «*Farmer's Boy*» («El hijo del campesino»), del poeta inglés Robert Bloomfield (1766-1823). (*Todas las notas de la presente edición corresponden al traductor.*)

en el campo, deseo vegetar como las plantas. No estoy de humor para criticar los setos ni los lomos negros del ganado. Salgo de la ciudad con el objetivo de olvidarla, así como todo cuanto esta contiene. Hay quienes, con este mismo fin, se marchan a la costa y cargan con ellos la metrópoli; yo prefiero un espacio vital mayor y menores estorbos. Me gusta la soledad, cuando me entrego a ella, por sí misma; no requiero

un amigo en mi retiro,
a quien pueda susurrar: la soledad es dulce.²

El alma de una excursión es la libertad, la completa libertad para pensar, sentir y hacer exactamente lo que uno desee. Salimos de excursión principalmente para hallarnos libres de todo impedimento y

² «[...] *a friend in my retreat, / Whom I may whisper, solitude is sweet.*» Versos del poema «Retirement» («Retiro»), del poeta inglés William Cowper (1731-1800), uno de los más populares del siglo XVIII.

toda inconveniencia, para dejarnos a nosotros mismos atrás en mucha mayor medida que para librarnos de otros. Porque deseo un cierto espacio, un respiro para meditar sobre cuestiones banales, donde la contemplación

pueda limpiar sus plumas y hacer crecer sus alas, que en ajetreos varios propios de sociedad quedaron erizadas y otras veces ajadas,³

es por lo que me alejo de la ciudad por un tiempo, sin sentirme desconcertado en el momento en el que quedo solo. En lugar de un amigo en calesa o en un tílburí, con el que intercambiar buenas palabras y regresar a los mismos tópicos manidos una y otra vez, déjenme por una vez firmar una tregua con la impertinencia. Denme el limpio cie-

³ «[...] *may plume her feathers and let grow her wings, / That in the various bustle of resort / Were all too ruffled, and sometimes impair'd.*» Versos de *Comus*, la composición para una mascarada del laureado poeta inglés John Milton (1608-1674).

lo azul sobre la cabeza, el verde pasto bajo los pies, un camino sinuoso ante mí y tres horas de marcha hasta la cena... y entonces: ¡a pensar! Raro es no comenzar algún juego en esos solitarios brezales. Río, corro, salto, canto de alegría. Desde el punto aquel donde giran las nubes, me sumerjo en mi ser pasado y allí me divierto, al igual que el indio de piel tostada por el sol se lanza de cabeza en la ola que lo transporta a la orilla en que nació. Es en circunstancias como estas cuando cosas tiempo atrás olvidadas, «pecios hundidos e incontables tesoros»,⁴ estallan ante mis anhelantes ojos y comienzo a sentir, a pensar, a ser de nuevo yo mismo. En lugar de un silencio incómodo, quebrado con tentativas de ingenio o aburridos lugares comunes, el mío es ese mutismo ininterrumpido del corazón que constituye de forma única la

⁴ «*Sunken wrack and sumless treasuries.*» William Shakespeare, *Enrique V.*

elocuencia perfecta. Nadie disfruta con re-
truécanos, aliteraciones, antítesis, argumen-
taciones y análisis tanto como yo, pero en
ocasiones prefiero no contar con ellos. «¡De-
jadme, oh, dejadme en mi reposo!».⁵ Tengo
en esos momentos otras cuestiones entre las
manos que quizá les puedan parecer vanas,
sin embargo, son para mí «la propia esen-
cia de la conciencia». ⁶ ¿Acaso no es hermo-
sa esta rosa silvestre sin un comentario? ¿No
se apodera de mi corazón esta margarita en-
vuelta en su manto esmeralda? Empero, si
me dedicara a explicarles las circunstancias
que tan apreciada la han hecho a mi cora-
zón, solo se sonreirían. ¿No sería mejor, por
tanto, dejarla para mí, que me sirva para re-
flexionar, de ella a aquella escarpada lade-

⁵ «*Leave, oh, leave me to my repose!*» Versos del poema «*The Descent of Odin*» («El descenso de Odín»), del poeta prerromántico inglés Thomas Gray (1716-1771).

⁶ «*Very stuff o' the conscience.*» William Shakespeare, *Otelo*.

ra, y desde esta hacia el remoto horizonte? Mal acompañante sería yo en este caminar y, por tanto, prefiero estar solo. He oído comentar que es lícito, cuando un arrebatado temperamental aparece, caminar o cabalgar a solas y complacer las ensoñaciones propias. No obstante, esto semeja una ruptura de la buena educación, una desatención hacia el resto, y uno piensa todo el tiempo que debe regresar con su compañía. «Al demonio camaraderías a medias como esta»,⁷ es mi opinión. Me gusta estar plenamente centrado en mí o bien a completa disposición de otros; hablar o guardar silencio, pasear o permanecer sentado, ser sociable o solitario. Me agradó una observación del señor Cobbett, que «consideraba una perniciosa costumbre francesa beber nuestro vino con la comida, por lo que un caballero inglés debería tomar únicamente uno

⁷ «*Out upon such half-faced fellowship.*» William Shakespeare, *Enrique IV*.